

TAIKO

Hideyoshi en el poder

Una novela épica de guerra y gloria en el Japón feudal

Eiji Yoshikawa

Traducción del inglés:

Jordi Fibla


QUATERNI

Traducción autorizada de la edición en lengua inglesa por acuerdo con
Kodansha International Ltd.
TAIKO (Shinsho taikoki) by Eiji Yoshikawa, translated by William Scott Wilson
Copyright © 1967 Eimei Yoshikawa

Copyright © 2011 Quaterni de la edición en lengua española para todo el mundo
© Quaterni es un sello y marca comercial registrado
Traducción: Jordi Fibla Feito

TAIKO. Hideyoshi en el poder. Reservados todos los derechos.

Ninguna parte de este libro incluida la cubierta puede ser reproducida, su contenido está protegido por la Ley vigente que establece penas de prisión y/o multas a quienes intencionadamente reprodujeren o plagiaran, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución en cualquier tipo de soporte existente o de próxima invención, sin autorización previa y por escrito de los titulares de los derechos del copyright.

ISBN: 978-84-937770-5-0
EAN: 9788493777050

QUATERNI
Calle Mar Mediterráneo, 2. N-6
28830 SAN FERNANDO DE HENARES, Madrid
Teléfono: +34 91 677 57 22
Fax: +34 91 677 57 22
Correo electrónico: info@quaterni.es
Internet: www.quaterni.es

Editor: José L. Ramírez C.
Coordinación y revisión: Carlos Cruz González
Diseño de colección y maquetación: Quaterni
Diseño de cubierta: Juliana Raigosa Montoya
Impresión: Gráficas Deva, S.L.
Depósito Legal: M-
Impreso en España

17 16 15 14 13 12 11(10)

El papel utilizado en esta impresión es ecológico y libre de cloro



LIBRO VI

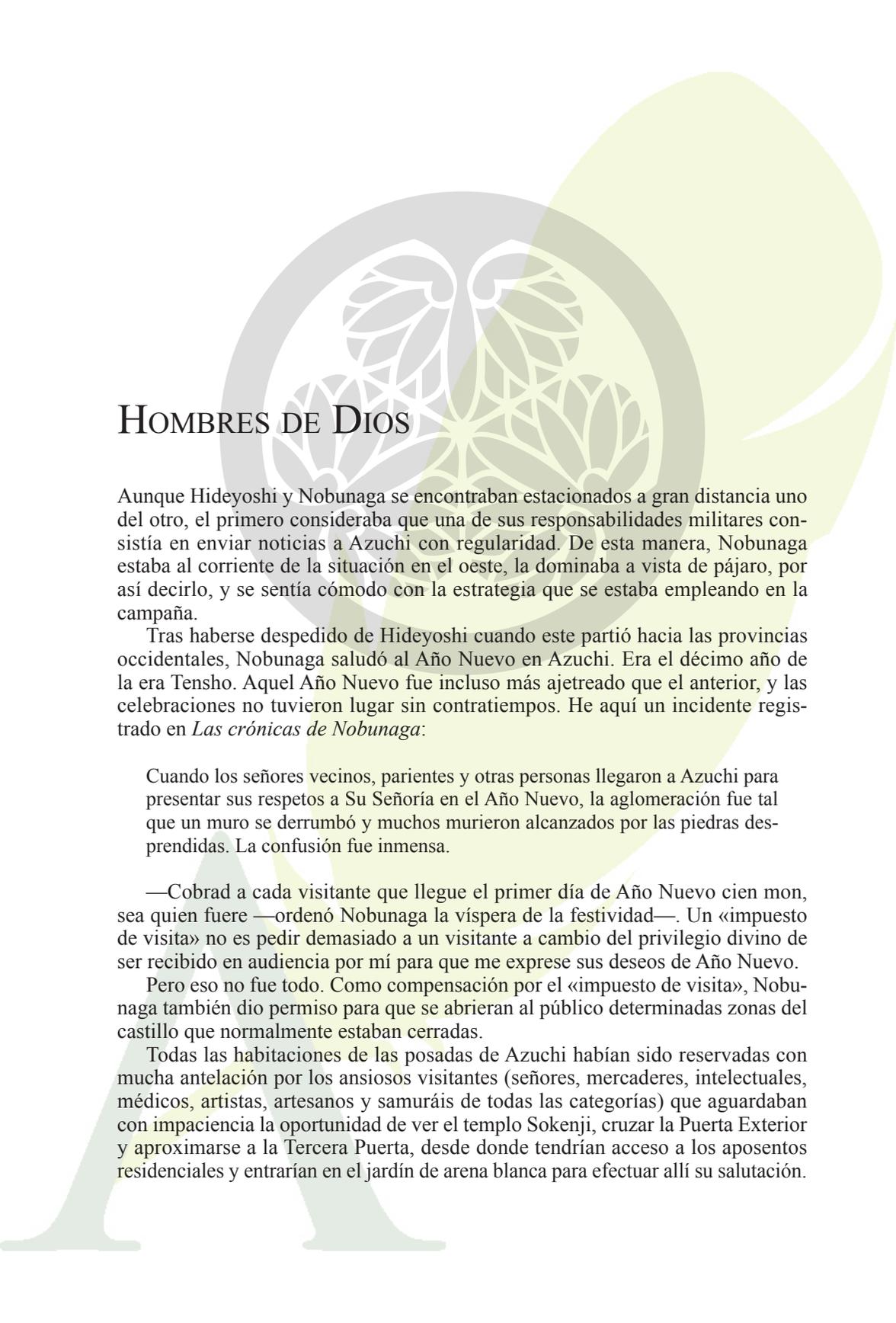
SÉPTIMO AÑO DE TENSHO

1579

PERSONAJES

SHOJUMARU, hijo de Kuroda Kanbei
KUMATARO, servidor de Takenaka Hanbei
BESHO NAGAHARU, señor del castillo de Miki
GOTO MOTOKUNI, servidor de alto rango de Bessho
IKEDA SHONYU, servidor de alto rango de Oda
ANAYAMA BAISETSU, servidor de alto rango de Takeda
NISHINA NOBUMORI, hermano de Takeda Katsuyori
SAITO TOSHIMITSU, servidor de alto rango de Akechi
YUSHO, pintor

MIKI, castillo de Bessho Nagaharu
NIRASAKI, nueva capital de Kai
TAKATO, castillo de Nishina Nobumori



HOMBRES DE DIOS

Aunque Hideyoshi y Nobunaga se encontraban estacionados a gran distancia uno del otro, el primero consideraba que una de sus responsabilidades militares consistía en enviar noticias a Azuchi con regularidad. De esta manera, Nobunaga estaba al corriente de la situación en el oeste, la dominaba a vista de pájaro, por así decirlo, y se sentía cómodo con la estrategia que se estaba empleando en la campaña.

Tras haberse despedido de Hideyoshi cuando este partió hacia las provincias occidentales, Nobunaga saludó al Año Nuevo en Azuchi. Era el décimo año de la era Tensho. Aquel Año Nuevo fue incluso más ajetreado que el anterior, y las celebraciones no tuvieron lugar sin contratiempos. He aquí un incidente registrado en *Las crónicas de Nobunaga*:

Cuando los señores vecinos, parientes y otras personas llegaron a Azuchi para presentar sus respetos a Su Señoría en el Año Nuevo, la aglomeración fue tal que un muro se derrumbó y muchos murieron alcanzados por las piedras desprendidas. La confusión fue inmensa.

—Cobrad a cada visitante que llegue el primer día de Año Nuevo cien mon, sea quien fuere —ordenó Nobunaga la víspera de la festividad—. Un «impuesto de visita» no es pedir demasiado a un visitante a cambio del privilegio divino de ser recibido en audiencia por mí para que me exprese sus deseos de Año Nuevo.

Pero eso no fue todo. Como compensación por el «impuesto de visita», Nobunaga también dio permiso para que se abrieran al público determinadas zonas del castillo que normalmente estaban cerradas.

Todas las habitaciones de las posadas de Azuchi habían sido reservadas con mucha antelación por los ansiosos visitantes (señores, mercaderes, intelectuales, médicos, artistas, artesanos y samuráis de todas las categorías) que aguardaban con impaciencia la oportunidad de ver el templo Sokenji, cruzar la Puerta Exterior y aproximarse a la Tercera Puerta, desde donde tendrían acceso a los aposentos residenciales y entrarían en el jardín de arena blanca para efectuar allí su salutación.

Los visitantes recorrieron el castillo examinando una habitación tras otra. Admiraron las puertas correderas decoradas por Kano Eitoku, contemplaron con gran interés las esteras del tatami con los bordes de brocado coreano y miraron asombrados las paredes pulimentadas y doradas.

Los guardianes acompañaron a la multitud a través de la puerta del establo, donde inesperadamente vieron cortado su paso por Nobunaga y varios ayudantes.

—¡No olvidéis vuestra contribución! —les gritó Nobunaga—. ¡Cien mon cada uno! Cogía el dinero con sus propias manos y lo arrojaba por encima del hombro.

Rápidamente se formó a sus espaldas un montículo de monedas. Los soldados introdujeron el dinero en sacos que entregaron a los oficiales, los cuales lo distribuyeron entre los pobres de Azuchi. Así, Nobunaga imaginó inocentemente que aquel Año Nuevo no había un solo rostro hambriento en Azuchi.

Cuando habló con el oficial encargado de recaudar el impuesto, quien al principio se había mostrado preocupado por la implicación de Nobunaga en unas acciones tan plebeyas, el oficial se vio obligado a admitir:

—Realmente ha sido una buena idea, mi señor. Las personas que han venido a visitaros tendrán algo que contar durante el resto de sus vidas, y los pobres que han recibido las «contribuciones» difundirán la noticia. Todo el mundo dice que esas no son monedas ordinarias, sino que las ha tocado la mano del señor Nobunaga, y por ello gastarlas sería una burla. Dicen que las ahorrarán. Incluso los oficiales están satisfechos. Creo que esta clase de buena obra sería un perfecto precedente para el próximo Año Nuevo y los años venideros.

El oficial se llevó una sorpresa al ver que Nobunaga sacudía fríamente la cabeza, diciéndole:

—No volveré a hacerlo. El hombre al frente del gobierno cometería un error si permitiera que los pobres se acostumbren a la caridad.

Había transcurrido la mitad del primer mes. Después de que retiraran de sus puertas los adornos de Año Nuevo, los ciudadanos de Azuchi se dieron cuenta de que sucedía algo. Eran muchos los barcos que cargaban en el puerto y zarpaban a diario.

Los barcos, sin excepción, navegaban desde la parte meridional del lago hacia el norte. Por otro lado, millares de sacos de arroz, transportados por las rutas terrestres en serpenteantes procesiones de caballos y carretas, también avanzaban costa arriba hacia el norte.

Como de costumbre, las calles de Azuchi rebosaban de gente, viajeros y diversos señores con sus séquitos. No pasaba un solo día sin que no se viera algún mensajero cabalgando por la carretera, o un enviado por la ruta costera hacia el norte.

—¿No te vienes? —le preguntó jovialmente Nobunaga a Nakagawa Sebei.

—¿Adónde, mi señor?

—¡De caza con los halcones!

—¡Ese es mi deporte favorito! ¿Puedo acompañaros, mi señor?

—Ven tú también, Sansuke.

Nobunaga partió de Azuchi una mañana a comienzos de la primavera. La elección de sus ayudantes había tenido lugar la noche anterior, pero Nakagawa Sebei, quien acababa de llegar al castillo, recibía ahora la invitación y Sansuke, el hijo de Shonyu, también había sido incluido en el grupo.

A Nobunaga le gustaba la equitación, los combates de sumo, la cetrería y la ceremonia del té, pero la caza era desde luego uno de sus pasatiempos preferidos.

Los ojeadores y los arqueros estarían exhaustos al final de la jornada. Tales intereses podrían ser considerados como pasatiempos, pero Nobunaga no hacía nada con poco entusiasmo. Por ejemplo, cuando se organizaban combates de sumo en Azuchi, reunía más de mil quinientos luchadores procedentes de Omi, Kyoto, Naniwa y otras provincias lejanas. Al final, los diversos señores se congregaban para contemplar los combates, formando con sus séquitos grandes muchedumbres, y Nobunaga nunca se cansaba del espectáculo, por muy tarde que se hiciera. Por el contrario, elegía hombres entre sus propios servidores y les ordenaba que subieran a la plataforma para librar un combate tras otro.

Sin embargo, el viaje durante el primer mes del año para cazar con halcón junto al río Eichi era muy sencillo. Se trató tan solo de una excursión y no llegaron a soltarse los halcones. Tras un breve descanso, Nobunaga ordenó que el grupo regresara a Azuchi.

Cuando entraron en la ciudad de Azuchi, Nobunaga tiró de las riendas de su caballo y se volvió hacia un edificio de aspecto extranjero en medio de una arboleda. De una de las ventanas surgía el sonido de un violín. El mandatario desmontó y cruzó la puerta en compañía de varios hombres.

Dos o tres jesuitas salieron corriendo a recibirle, pero Nobunaga se internaba ya a grandes zancadas en la casa.

—¡Vuestra Señoría! —exclamaron los padres, sorprendidos.

Aquella era la escuela construida al lado de la iglesia de la Ascensión. Nobunaga había sido uno de los benefactores de la escuela, pero todo, desde la madera de construcción al mobiliario, había sido donado por señores provinciales que se habían convertido al cristianismo.

—Quisiera ver cómo hacéis las clases —les dijo Nobunaga—. Supongo que los niños están todos aquí.

Al oír lo que Nobunaga deseaba, los padres se quedaron casi extáticos, y comentaron entre ellos el honor que representaba aquella visita. Nobunaga hizo caso omiso de sus palabras y subió rápidamente las escaleras.

Al borde del pánico, uno de los sacerdotes se le adelantó corriendo para informar a los alumnos de la imprevista inspección de un noble visitante.

El sonido del violín cesó de repente y los murmullos fueron silenciados. Nobunaga se detuvo un momento en la plataforma y contempló el aula, pensando en lo rara que era aquella escuela. Los pupitres y asientos eran de diseño extranjero, y encima de cada pupitre había un libro de texto. Como cabía esperar, los alumnos eran hijos de señores provinciales y vasallos, y todos hicieron solemnes reverencias a Nobunaga.

Los niños tenían entre diez y quince años de edad y todos ellos procedían de familias nobles. La escena, imbuida del exotismo de la cultura europea, era como

un jardín floral con el que no podría rivalizar ninguna de las escuelas instaladas en los templos de Azuchi.

Pero, al parecer, Nobunaga ya había respondido en su fuero interno a la cuestión de qué clase de escuela, cristiana o budista, ofrecía una mejor educación y, por lo tanto, ni admiraba ni se sentía sorprendido por lo que estaba viendo. Cogió un libro de texto de una de las mesas próximas a él y pasó las páginas en silencio, pero enseguida lo devolvió a su dueño.

—¿Quién estaba tocando el violín hace un momento? —quiso saber.

Uno de los padres se dirigió a los alumnos repitiendo la pregunta de Nobunaga. Este comprendió enseguida: los maestros habían estado fuera del aula, y los alumnos se habían aprovechado de su ausencia para tocar instrumentos musicales, chismorrear y retozar alegremente.

—Era Jerónimo —dijo el sacerdote.

Todos los alumnos miraron a un muchacho sentado entre ellos. Nobunaga siguió la dirección de sus miradas y sus ojos se posaron en un muchacho de catorce o quince años.

—Sí, ahí está. Era Jerónimo.

Cuando el padre le señaló, el rostro del joven se volvió de un rojo brillante y bajó la vista. Nobunaga no estaba seguro de si le conocía o no.

—¿Quién es este Jerónimo? —inquirió—. ¿De quién es hijo?

El sacerdote se dirigió severamente al muchacho.

—Levántate, Jerónimo, y responde a Su Señoría.

El chico se puso en pie e hizo una reverencia a Nobunaga.

—Era yo quien tocaba el violín hace un momento, mi señor.

Sus palabras eran claras y no había rastro de servilismo en la expresión de sus ojos. Era indudable que se trataba del vástago de una familia samurái.

Nobunaga le miró fijamente a los ojos, pero el chico no desvió la mirada.

—¿Qué era eso que tocabas? Supongo que era música de los bárbaros del sur.

—Sí, señor, era un salmo de David.

El chico parecía regocijado. Hablaba con tal soltura que era como si hubiera estado esperando el día en que pudiera responder a esa pregunta.

—¿Quién te lo enseñó?

—Lo aprendí del padre Valignani.

—Ah, Valignani.

—¿Le conocéis, mi señor? —le preguntó Jerónimo.

—Sí, le conozco. ¿Dónde está ahora?

—En Año Nuevo estaba en Japón, pero es posible que ya haya zarpado de Nagasaki y regresado a la India por Macao. Según una carta de mi primo, su barco tenía que hacerse a la mar el día doce.

—¿Tu primo?

—Se llama Ito Anzio.

—Jamás había oído el nombre de «Anzio». ¿Es que no tiene un nombre japonés?

—Es el sobrino de Ito Yoshimasu. Se llama Yoshikata.

—Ah, ¿de modo que es eso? Un pariente de Ito Yoshimasu, el señor del castillo de Obi. ¿Y tú quién eres?

—Soy el hijo de Yoshimasu.

Nobunaga estaba curiosamente divertido. Mientras miraba al muchacho impertinente y encantador, educado en el jardín floral de la cultura cristiana, evocaba en su mente la figura osada, de rostro bigotudo, de Ito Yoshimasu, su padre. Las ciudades fortificadas a lo largo de la costa de Kyushu, en el Japón occidental, estaban gobernadas por señores como Otomo, Omura, Arima e Ito, y recientemente estaban muy influidas por la cultura europea.

Nobunaga aceptaba con gratitud todo lo que llegaba de Europa: armas de fuego, pólvora, géneros textiles teñidos y tejidos y utensilios de uso doméstico. Sentía un entusiasmo especial por las innovaciones relacionadas con la medicina, la astronomía y la ciencia militar, e incluso las deseaba. Pero había dos cosas que no podía digerir de ninguna manera y las rechazaba por completo: el cristianismo y la educación cristiana. No obstante, si no se hubiera permitido esas dos cosas a los misioneros, estos no habrían ido al Japón con sus armas, medicinas y otras maravillas.

Nobunaga era consciente de la importancia que tenía la promoción de diferentes culturas, y había autorizado el establecimiento de una iglesia y una escuela en Azuchi, pero ahora que los retoños que había dejado crecer empezaban a echar brotes se sentía preocupado por el futuro de aquellos alumnos. Comprendía que si cometía la imprudencia de ignorar la situación durante largo tiempo, los conflictos serían inevitables.

Nobunaga salió del aula y los sacerdotes le condujeron a una sala de espera bien amueblada, donde descansó en una pintoresca y lujosa silla reservada a los visitantes nobles. Entonces los padres sacaron el té y el tabaco de su país, que tenían en tan alta estima, y los ofrecieron a su invitado, pero Nobunaga no tocó nada.

—El hijo de Ito Yoshimasu acaba de decirme que Valignani iba a zarpar de Japón este mes. ¿Ha partido ya?

—El padre Valignani acompaña a una misión japonesa —respondió uno de los sacerdotes.

—¿Una misión?

Nobunaga parecía suspicaz. Kyushu todavía no estaba bajo su control, por lo que la amistad y el comercio entre Europa y los señores provinciales de aquella isla le preocupaba en grado sumo.

—El padre Valignani cree que si los hijos de japoneses influyentes no ven con sus propios ojos la civilización europea por lo menos una vez, nunca comenzarán en serio el verdadero comercio y las relaciones diplomáticas. Se ha comunicado con los diversos soberanos de Europa y Su Santidad el Papa y les ha persuadido para que inviten a una misión japonesa. La persona de más edad entre los elegidos para esa misión tiene dieciséis años.

Entonces le dijeron los nombres de los muchachos, casi todos los cuales eran hijos de los grandes clanes de Kyushu.

—Son realmente muy valerosos —comentó Nobunaga.

Se regocijaba de que una misión de jóvenes, el mayor de cuyos miembros solo contaba dieciséis años, hubiera viajado a la lejana Europa. Por otro lado, se decía para sus adentros que habría sido conveniente entrevistarse con ellos y, como regalo de despedida, hablarles un poco de sus propios valores y su fe.

¿Por qué los reyes europeos y una persona como Valignani querrían con tanto entusiasmo que los hijos de los señores provinciales japoneses visitaran Europa? Nobunaga comprendía sus intenciones, pero no se le escapaban sus motivos ocultos.

—Cuando partió de Kyoto con esta misión, Valignani expresó su pesar... con respecto a vos, señor.

—¿Pesar?

—Lamentaba regresar a Europa sin haberos bautizado.

—¿De veras? ¿Dijo eso? —Nobunaga se echó a reír. Se levantó de la silla y se volvió hacia su ayudante, el cual tenía un halcón posado en el puño—. Nos hemos entretenido demasiado. Vámonos.

Apenas había pronunciado estas palabras cuando bajaba ya las escaleras a grandes zancadas. Cruzó la puerta y pidió enseguida su caballo. Ito Jerónimo, el alumno que había tocado el violín, y todos los demás estaban alineados en el patio de la escuela para despedirle.

El castillo de Nirasaki, la nueva capital de Kai, estaba casi terminado y disponía ya de las cocinas y los aposentos de las damas de honor.

A pesar de que había sido el día veinticuatro del duodécimo mes, muy cerca del fin de año, Takeda Katsuyori se había trasladado desde Kofu, la antigua capital provincial de sus antepasados durante generaciones, a la nueva capital. La grandiosidad y la belleza del traslado era aún la comidilla de los campesinos que se desplazaban por la carretera, incluso ahora, durante el Año Nuevo.

Empezando por los palanquines de Katsuyori y su esposa, así como los de las numerosas damas que los atendían, y continuando por los de sus tía e hija, las literas lacadas de los diversos nobles y damas debieron de contarse por centenares.

Samuráis y vasallos, asistentes personales, funcionarios en sus sillas de montar de oro y plata, la taracea de madreperla, el brillo de la laca dorada, los paraguas abiertos, los arqueros con sus arcos y aljabas, el bosque de lanzas de asta roja... en medio de semejante desfile espectacular, lo que más llamaba la atención de todo el mundo eran los estandartes de los Takeda. Trece ideogramas chinos dorados destellaban en un paño rojo al lado de otro estandarte. Dos hileras de caracteres dorados aparecían en el largo estandarte de color azul intenso, y decían:

Rápido como el viento
 Silencioso como un bosque
 Ardiente como el fuego
 Inmóvil como una montaña

Todo el mundo sabía que la caligrafía de este poema era obra de Kaisen, el sacerdote jefe del templo Erin.

—¡Ah, cuán triste es que la misma alma de ese estandarte abandone hoy el castillo de Tsutsujigasaki y se traslade!

Todos los habitantes de la antigua capital parecían entristecidos. Cada vez que el estandarte con las palabras de Sun Tzu y el que tenía los trece caracte-

res chinos habían sido desplegados y llevados al combate, los valientes soldados habían regresado con ellos. En tales ocasiones, los soldados y los habitantes de la ciudad habían gritado juntos hasta desgañitarse, con expresiones profundamente sentidas de victoria compartida. Tales acontecimientos tuvieron lugar en la época de Shingen, y ahora todo el mundo añoraba aquellos tiempos.

Y aunque el estandarte engalanado con las palabras de Sun Tzu era físicamente el mismo, la gente no podía evitar la sensación de que era diferente en cierto modo del que vieron en el pasado.

Pero cuando las gentes de Kai contemplaron el enorme tesoro y las reservas de municiones que eran trasladadas a la nueva capital, junto con los palanquines y las sillas de montar doradas de todo el clan, así como el sinuoso desfile de carretas tiradas por bueyes que se extendía a lo largo de muchas leguas, estuvieron más tranquilos al comprobar que la suya seguía siendo una provincia potente. Los mismos sentimientos de orgullo que habían experimentado desde la época de Shingen seguían vivos en los soldados e incluso en la población en general.

No mucho después de que Katsuyori se trasladara al castillo en la nueva capital, los ciruelos del jardín mostraban sus flores rojas y blancas. Katsuyori y su tío, Takeda Shoyoken, indiferentes al melodioso piar de las currucas, paseaban por la huerta.

—Ni siquiera ha asistido a las celebraciones de Año Nuevo, diciendo que estaba enfermo —comentó Katsuyori, y preguntó a continuación—: ¿No te ha enviado ninguna noticia, tío?

Se refería a su primo, Anayama Baisetsu, el gobernador del castillo de Ejiri. Situado en la frontera con Suruga, los Takeda lo consideraban una zona estratégica importante hacia el sur. Baisetsu llevaba más de seis meses sin presentar sus respetos a Katsuyori, enviando siempre la excusa de que estaba enfermo, lo cual preocupaba a Katsuyori.

—Lo más probable es que esté realmente enfermo. Baisetsu es sacerdote y un hombre sincero. No creo que finja una enfermedad.

Shoyoken era un hombre de bondad excepcional, por lo que esta respuesta no tranquilizó a Katsuyori. Los dos hombres quedaron en silencio y continuaron su paseo.

Entre la torre del homenaje y la ciudadela interior había un estrecho barranco con diferentes clases de árboles. Una curruca descendió casi como si se hubiera caído, aleteó y, sorprendida, reanudó el vuelo. Casi al mismo tiempo se oyó una voz repentina procedente de una hilera de ciruelos.

—¿Estáis ahí, mi señor? Tengo importantes noticias.

El rostro del servidor estaba muy pálido.

—Serénate —le reprendió Shoyoken—. Un samurái debe hablar con dominio de sí mismo sobre asuntos importantes.

Shoyoken no solo disciplinaba al joven, sino que también trataba de tranquilizar a su sobrino. Katsuyori era un hombre generalmente muy resuelto, pero ahora había palidecido y no podía ocultar su sorpresa.

—No es una cuestión trivial, mi señor, sino algo muy grave —replicó Genshiro al tiempo que se postraba—. ¡Kiso Yoshimasa de Fukushima nos ha traicionado!

—¿Kiso?

El tono sobresaltado de Shoyoken expresaba duda y rechazo a partes iguales. En cuanto a Katsuyori, probablemente ya había supuesto que iba a producirse el lamentable hecho. Se estaba mordiendo el labio mientras miraba al servidor postrado a sus pies.

El golpeo en el pecho de Shoyoken no iba a calmarse con facilidad, y su falta de serenidad se reflejaba en su voz temblorosa.

—¡La carta! ¡Veamos la carta!

—El mensajero me ha pedido que le diga al señor Katsuyori que, dada la importancia del asunto, no hay momento que perder —dijo el servidor—, y que debemos esperar una carta del siguiente mensajero.

Caminando a grandes zancadas, Katsuyori pasó por delante del servidor todavía postrado y gritó a Shoyoken:

—No será necesario ver la carta de Goro. Han sido muchas las señales sospechosas por parte de Yoshimasa y Baisetsu en los años recientes. Sé que es muy problemático, tío, pero necesitaré que vuelvas a ponerte al frente de un ejército. Yo también iré.

Antes de que hubieran transcurrido dos horas, en lo alto de la torre del nuevo castillo redobló un gran tambor, y el sonido de la caracola se extendió por la ciudad fortificada, llamando a la movilización. Las flores de ciruelo eran casi blancas cuando la apacible primavera llegaba a su fin en la provincia montañosa. El ejército se puso en marcha antes de que finalizara la jornada. Apresurados por el sol poniente, cinco mil hombres se pusieron en marcha por la carretera de Fukushima, y al anochecer casi diez mil hombres habían salido de Nirasaki.

—¡Bien, esto nos viene de perlas! Así su rebelión está perfectamente clara. De no haber sucedido, quizá nunca habría llegado el momento de atacar al ingrato traidor. Esta vez tendremos que limpiar Fukushima de todos cuantos tengan sus lealtades divididas.

Katsuyori no pudo evitar el resentimiento y masculló para sus adentros mientras avanzaba a caballo por la carretera, pero las voces de indignación de sus acompañantes, los resentidos por la traición de Kiso, eran pocas.

Como de costumbre, Katsuyori se mostraba confiado. Cuando cortó sus relaciones con los Hojo, abandonó un aliado sin mirar siquiera atrás, pese a la potencia de aquel clan que tanta ayuda le había prestado.

Siguiendo la sugerencia de su entorno, Katsuyori había devuelto a Azuchi al hijo de Nobunaga, que fue rehén de los Takeda durante muchos años, pero su corazón continuaba lleno de desprecio hacia el señor del clan Oda, e incluso más hacia Tokugawa Ieyasu, quien se hallaba en Hamamatsu. Esa actitud agresiva se había iniciado después de la batalla de Nagashino.

No había nada que objetar a su fortaleza de ánimo. Sabía perfectamente lo que quería. Desde luego, la fortaleza de ánimo es una sustancia que llena hasta los bordes el recipiente del corazón, y puede decirse del conjunto de la clase samurái que, durante aquel período de guerras entre provincias, poseía esa clase de espíritu. Pero en la situación en que se encontraba Katsuyori, tenía la necesidad absoluta de mostrar una fortaleza serena que, a primera vista, podría tomarse por debilidad. Una osada exhibición de fuerza no intimidaría al adversario. Por el contrario, no haría más que estimularle. Este era el motivo de que tanto Nobunaga

como Ieyasu hubieran desdeñado durante varios años la virilidad y el valor de Katsuyori.

Y no solamente aquellos hombres, que eran sus enemigos. Incluso en su propia provincia de Kai ciertas voces expresaban el deseo de que Shingen siguiera vivo.

Shingen había insistido en la necesidad de una fuerte administración militar de la provincia, y como había generado en sus servidores y los habitantes de Kai la sensación de que su seguridad sería absoluta mientras él estuviera al frente, dependían por completo de él.

Incluso durante la etapa de gobierno de Katsuyori, el servicio militar, el cobro de impuestos y los demás aspectos de la administración tenían lugar de acuerdo con las leyes de Shingen. Pero faltaba algo.

Katsuyori no sabía qué era ese algo. Por desgracia, ni siquiera se había enterado de que faltaba, pero lo cierto era que ni confiaba personalmente en la armonía ni tenía habilidad para inspirar confianza en su administración. Así pues, el poderoso gobierno de Shingen, falto ahora de esas dos cualidades, empezaba a causar conflictos en el clan.

En la época de Shingen existía un artículo de fe general, compartido por las clases superiores e inferiores y del que estaban muy orgullosos: a ningún enemigo se le había permitido jamás dar un solo paso dentro de los límites de Kai.

Pero ahora los recelos parecían surgir por doquier. Apenas es necesario mencionar lo que era evidente para todo el mundo, que con la gran derrota de Nagashino se había trazado una línea. Ese desastre no solo había supuesto el fracaso del equipamiento y la estrategia militares de Kai, sino que fue consecuencia de las deficiencias de Katsuyori, y quienes le rodeaban, e incluso la población en general, que le consideraba como su principal apoyo, sentían una profunda decepción al darse cuenta de que Katsuyori no era Shingen.

Aun cuando Kiso Yoshimasa era el yerno de Shingen, maquinaba para traicionar a Katsuyori y no creía que este pudiera sobrevivir. Estaba empezando a hacer recuento de las perspectivas de Kai en el futuro. Por medio de un intermediario en Mino, hacía ya dos años que estaba secretamente en contacto con Nobunaga.

El ejército de Kai se dividió en varias líneas que se dirigieron hacia Fukushima.

Los soldados marchaban llenos de confianza, y a menudo se oía decir a alguno de ellos cosas como: «Aplastaremos a las fuerzas de Kiso bajo nuestros pies».

Pero a medida que pasaban los días, las noticias transmitidas al cuartel general no hacían sonreír de satisfacción a Takeda Katsuyori. Por el contrario, todos los informes eran inquietantes.

—Kiso se muestra testaruda.

—El terreno es accidentado y tienen buenas defensas, por lo que la vanguardia tardará varios días en llegar.

Cada vez que Katsuyori oía tales cosas, se mordía el labio y musitaba:

—Si fuese allí en persona...

Era propio de su carácter que se enfadara y exasperase cuando una situación bélica iba por mal camino.

Pasó el mes y llegó el cuarto día del segundo mes.

Katsuyori recibió unas noticias terriblemente turbadoras: de repente Nobunaga había dado orden de movilización a las tropas de Oda en Azuchi, y él mismo había partido ya de Omi.

Otro espía trajo más malas noticias:

—Las fuerzas de Tokugawa Ieyasu han salido de Suruga y las de Hojo Ujimasa han abandonado el Kanto. Kanamori Hida ha salido de su castillo. Todos ellos marchan hacia Kai, y se dice que Nobunaga y Nobutada han dividido sus fuerzas y están a punto de invadirnos. He subido a una montaña alta para observar y he visto columnas de humo en todas las direcciones.

Katsuyori sintió como si le hubieran arrojado al suelo.

—¡Nobunaga! ¡Ieyasu! ¿E incluso Hojo Ujimasa?

Según los informes secretos, su situación estaba a punto de ser la misma que la de un ratón en una trampa.

Estaba oscureciendo. Llegaron nuevos informes de que las tropas de Shoyoken habían desertado durante la noche anterior.

—¡Eso no puede ser cierto! —exclamó Katsuyori.

Pero era innegable que tal cosa había sucedido por la noche, y los mensajes urgentes que llegaban uno tras otro constituían una prueba innegable.

—¡Shoyoken! ¿No es mi tío y uno de los ancianos del clan? ¿A qué viene eso de abandonar el campo de batalla y huir sin permiso? Y todos los demás... Hablar de deslealtad e ingratitud tales no hace más que ensuciarme la boca.

Katsuyori denostó al cielo y la humanidad, pero debería haberse maldecido a sí mismo. En general no era tan pobre de espíritu, pero ni siquiera un hombre tan valeroso como él podía evitar que semejante giro de los acontecimientos le asustara.

—No hay nada que hacer. Debéis dar la orden de levantar el campamento.

Aconsejado así por Oyamada Nobushige y los demás, Katsuyori se retiró de repente. ¡Cuán afligido debía de sentirse! Aunque los veinte mil soldados con los que contaba al partir no habían intervenido en una sola batalla, los servidores y soldados que regresaban a Nirasaki con él no sumaban más de cuatro mil.

Tal vez con la intención de dar una salida a sentimientos a los que no sabía cómo tratar, ordenó que el monje Kaisen acudiera al castillo. Su mala suerte parecía ir en aumento, pues incluso después de su regreso a Nirasaki recibió, uno tras otro, informes deprimentes. Tal vez lo peor fue la noticia de que su pariente Anayama Baisetsu le había abandonado y, por si eso fuese poco, no solo había entregado su castillo de Ejiri al enemigo, sino que sus servicios habían sido requeridos para guiar a Tokugawa Ieyasu. Se decía que ahora estaba en la vanguardia de las tropas que invadían Kai.

Así pues su propio cuñado le había traicionado abiertamente e incluso trataba de destruirle. Esta certeza le obligaba a reflexionar un poco en sí mismo en medio de su desgracia. Se preguntó en qué se había equivocado. Mientras que, por un lado, su valor indomable se había afianzado cada vez más y había ordenado que levantaran más defensas en todas partes, por otro lado, cuando recibió a Kaisen en su nuevo castillo, mostró una disposición a hacer examen de conciencia que, en su caso, era una actitud dócil. Pero probablemente el cambio llegaba demasiado tarde.

—Han pasado diez años desde la muerte de mi padre, y ocho desde la batalla de Nagashino —le dijo al monje, y acto seguido le preguntó—: ¿Por qué los generales de Kai han perdido tan de improviso la fidelidad a sus principios?

Sin embargo, Kaisen permaneció sentado y mirándole en silencio, y Katsuyori siguió diciendo:

—Hace diez años, nuestros generales no eran así. Cada uno de ellos tenía vergüenza y se preocupaba por su reputación. Cuando mi padre estaba en este mundo, los hombres no solían traicionar a su señor, y mucho menos abandonar su propio clan.

Kaisen seguía guardando silencio, con los ojos cerrados. En comparación con el monje, que parecía un montón de cenizas frías, Katsuyori hablaba fogosamente.

—Pero incluso los hombres que estaban preparados para atacar a los traidores se han dispersado sin librar una sola batalla o aguardar las órdenes de su señor. ¿Es semejante conducta digna del clan Takeda y sus generales... quienes ni siquiera permitieron al gran Uesugi Kenshin dar un solo paso en Kai? ¿Cómo es posible que exista semejante deterioro de la disciplina? ¿Hasta dónde puede llegar su degradación? Muchos de los generales a las órdenes de mi padre, como Baba, Yamagata, Oyamada y Amakasu, o son viejos o han fallecido. Los que quedan son unas personas del todo diferentes, o bien hijos de aquellos generales o bien guerreros que no tuvieron una relación directa con mi padre.

Kaisen no decía nada. El monje había sido más íntimo de Shingen que cualquier otro, y debía de tener más de setenta años. Sus ojos bajo las cejas blancas como la nieve habían observado minuciosamente al heredero de Shingen.

—Venerable maestro, tal vez creáis que es demasiado tarde porque las cosas han llegado a esta situación crítica, pero si mi manera de administrar el gobierno ha sido negligente, os ruego que me lo mostréis. Si mi mando o mi disciplina militar no han sido correctos, decidme alguna forma estricta de ejecución. Estoy deseoso de corregirme. Tengo entendido que le enseñasteis mucho a mi padre, el cual fue amigo vuestro en el Camino. ¿No podríais enseñar también algunas estrategias a su indigno hijo? Os ruego que no seáis cicatero con vuestras enseñanzas. Consideradme como el hijo de Shingen. Os ruego que me digáis sin reservas en qué me he equivocado y cómo puedo corregirme haciendo las cosas de una u otra manera. Dejadme, pues, decirlo. ¿Acaso he ofendido a la gente tras la muerte de mi padre al subir los aranceles en los cruces fluviales y las barreras a fin de reforzar las defensas de la provincia?

—No —respondió Kaisen, sacudiendo la cabeza.

Katsuyori parecía estar todavía más en ascuas.

—Entonces es que he cometido alguna falta en la aplicación de las recompensas y los castigos.

—Ninguna en absoluto —dijo el anciano, sacudiendo de nuevo la cabeza canosa.

Katsuyori se postró, al borde de las lágrimas. Delante de Kaisen, el fiero guerrero que tenía tanto amor propio solo podía llorar de aflicción.

—No llores, Katsuyori —le dijo finalmente Kaisen—. Desde luego, no eres indigno, y tampoco eres un mal hijo. Tu único error ha sido la falta de conocimiento. Una época cruel te ha obligado a enfrentarte a Oda Nobunaga, de quien,

al fin y al cabo, no eres enemigo. Las montañas de Kai están lejos del centro, y Nobunaga cuenta con la ventaja geográfica, pero tampoco es esa una de las grandes causas de tu problema. Aunque Nobunaga ha librado una batalla tras otra y administrado el gobierno, en el fondo nunca ha perdonado al emperador. La construcción del palacio imperial es un solo ejemplo de todo cuanto ha hecho.

Kaisen y Shingen se habían entendido muy bien, y la reverencia del señor de Kai por el viejo abad había sido extraordinariamente profunda. Pero también Kaisen había tenido una fe inquebrantable en aquel hombre, un auténtico dragón entre los hombres, un mítico caballo de fuego de los cielos. No obstante, aunque alabara tanto a Shingen, nunca lo comparaba con su hijo, Katsuyori, o consideraba a este indigno por contraste.

Por el contrario, sentía simpatía hacia Katsuyori. Si alguien criticaba los errores de este, Kaisen siempre respondía que era irrazonable esperar más, porque la grandeza de su padre había sido inmensa. Tal vez Kaisen se sentía insatisfecho en un único aspecto: era evidente que si Shingen estuviera todavía vivo, su influencia no se habría restringido a la provincia de Kai y habría empleado su gran habilidad y su genio en algo de mayor importancia. Y ahora Kaisen lamentaba que Shingen no hubiera sobrevivido. El hombre que había percibido algo de mayor importancia era Nobunaga. Era él quien había ampliado el papel provincial del samurái hasta darle importancia nacional. Y era Nobunaga quien se había revelado como un servidor modelo. Las expectativas de Kaisen con respecto a Katsuyori, quien carecía del carácter de su padre, habían desaparecido por completo. El abad percibía claramente que la larga guerra civil había terminado.

Así pues, prestar ayuda a Katsuyori para obligar a las fuerzas de Oda a arrojarse ante él, o planear alguna solución segura era imposible. El clan Takeda había sido fundado siglos antes, y el nombre de Shingen había brillado con demasiada intensidad en el cielo, lo cual significaba que Katsuyori no iba a suplicar la capitulación a los pies de Nobunaga.

Takeda Katsuyori era un hombre de voluntad fuerte y poseía sentido de la honra. Entre el pueblo llano de la provincia se alzaban voces diciendo que el gobierno estaba en declive desde la época de Shingen, y la recaudación de elevados impuestos se consideraba como una de las principales causas de las quejas, pero Kaisen sabía que Katsuyori no recaudaba impuestos para darse lujos o por orgullo, y que todo el dinero recaudado había sido canalizado hacia los gastos militares. En los últimos años, la táctica y la tecnología militares habían avanzado con rápidos pasos en la capital e incluso en las provincias vecinas. Pero Katsuyori no podía permitirse invertir tanto dinero en nuevas armas como sus rivales.

—Cuidaos, os lo ruego —le dijo Kaisen a Katsuyori cuando se disponía a marcharse.

—¿Ya volvéis al templo? —Eran muchas las preguntas que Katsuyori deseaba hacerle, pero sabía que la respuesta a cualquier cosa que le preguntara sería la misma. Hizo una reverencia apoyando las palmas en el suelo—. Esta es, quizá, la última vez que nos vemos.

Kaisen aplicó al suelo sus manos, en las que estaba enlazado su rosario budista, y se marchó sin decir otra palabra.